

HABLEMOS DEL AMOR

Jesús Martínez García

Índice

- I. La verdad sobre la persona.
- II. Somos como somos
- III. Amor y enamoramiento
- IV. El tiempo del noviazgo
- V. Amor y sexualidad
- VI. Masculinidad y feminidad
- VII. Exigencias del amor

INTRODUCCION

Si hay algún tema que interese a la gente joven, hoy como ayer, es el del Amor. Porque realmente es un tema importante, ya que nosotros estamos hechos para amar. A todos nos repugna el amor propio de los demás y agradecemos los detalles de cariño y de interés por nosotros.

Acabo de escribir la palabra Amor con mayúscula. Realmente habría que emplear esa palabra con mayúscula para referirnos a la Caridad, al Amor de Dios, que es un amor de orden sobrenatural. Aquí no nos vamos a referir al amor en este sentido, sino al buen-amor humano, ése que enriquece a la persona y que la lleva a su plenitud humana. Y lo designaré con mayúscula para distinguirlo del enamoramiento o de otras cosas a las cuales se las designa con ese nombre aun cuando no lo sean.

Vamos a hablar aquí, pues, del Amor humano. Pero sucede hoy día que la palabra Amor, como la palabras Libertad, Paz, Justicia o Familia tienen un contenido diverso según quien las diga. Importa mucho, por tanto, saber lo que es realmente el Amor humano para no engañarnos, ya que un error en tema tan fundamental puede traer como consecuencia la infelicidad.

Como se podrá comprobar, no se pretende agotar el tema en estas pocas páginas; podríamos pasarnos horas y horas hablando sobre el Amor. Y eso es lo que me gustaría, que con base a estas reflexiones, dialogues con tus amigos y amigas.

I. LA VERDAD SOBRE LA PERSONA

1. ¿Ética o Moral?

La Ética es aquella parte de la Filosofía que estudia las normas que la persona ha de observar, tanto a nivel personal como a nivel social, para conseguir la felicidad humana. La Moral es aquella parte de la Teología que enseña cómo deben ser los comportamientos humanos, también a nivel individual y social, para que, a través de ellos, la persona logre su fin humano y sobrenatural, que es Dios.

La moral siempre hace referencia a la trascendencia del hombre, a su dimensión espiritual y eterna: el bien que hace le acerca a Dios y el mal (el pecado) le aleja de Él. Dios ha revelado a los hombres cuál es el bien y el mal moral, pero también lo ha grabado en la naturaleza de cada persona, y ella lo puede encontrar en lo más profundo su ser si tiene verdadera buena voluntad.

Lógicamente, la Filosofía, al tratar de estudiar qué es el hombre, debería proponer como principios éticos los principios morales, pues la naturaleza del hombre tiene un modo de ser universal y, en consecuencia, el modo de actuar debería de ser el que se sigue de ese modo de ser. Sin embargo, hay diversas concepciones filosóficas, es decir, diversos sistemas éticos propuestos por los pensadores.

2. ¿Mis principios?

Un esquema filosófico que no contemple a Dios como autor de todos y cada uno de los hombres llevará a concebir al hombre como dueño absoluto de sí mismo. Sin Dios, el hombre intenta ser como Dios.

Pero la realidad es que somos muy limitados: tenemos el temperamento y el cuerpo que hemos recibido de nuestros padres, y no podemos hacer con nosotros todo lo que nos gustaría hacer: tener más estatura, tener más brazos y a veces estamos enfermos.

Tenemos grandes posibilidades pero también somos limitados. Un peligro en el que podemos caer las criaturas racionales es creernos de alguna manera como dioses: imaginar que yo soy quien define el bien y el mal.

Mucha gente actúa, según ellos mismos afirman, siguiendo "sus principios", su propia ética; que consiste en dar por bueno aquello que subjetivamente les parece bien. Aunque muchas veces, en el fondo, no es sino dar por válido lo que les apetece hacer.

En este sentido también se tiene por bueno aquel conjunto de normas éticas que están vigentes en la sociedad por el mero hecho de que son expresión de "la conciencia social"¹: sería válido -según ellos- lo que socialmente está permitido: Si nadie dice nada en contra, se puede hacer.

3. Principios para todos

La regla de nuestra actuación no debe de ser el criterio subjetivo -tantas veces interesado-, pues lo que a unos les parece bien, para otros no lo es. Es más, si se diera validez a la conciencia individual o a la "conciencia colectiva" desvinculadas de toda norma objetiva, sin relación a una única verdad, habría que dar por válidas las acciones malas de los fundamentalistas, de los racistas, etc., porque, según ellos, sus criterios subjetivos son válidos.

Hay una verdad en la persona humana puesta por su Hacedor. Una verdad que hay que reconocer. Esto supone humildad, la humildad de reconocer que la conciencia no crea la moral.

Se suele entender por "conciencia colectiva" o "conciencia social" la opinión más común sobre un asunto moral. Sin embargo, es un empleo inadecuado del término conciencia, ya que ésta sólo la poseen los seres inteligentes, y la sociedad no piensa. moralidad de nuestros actos. El bien y el mal están definidos antes de que nazcamos. A nosotros nos toca conocer la moral y actuar bien.

Si hacemos esto viviremos bien y podremos alcanzar la relativa felicidad que se puede lograr en la tierra. Si no vivimos según los verdaderos principios morales, según el recto orden del amor, provocaremos infelicidad en nosotros y a nuestro alrededor.

II. ELEMENTOS DEL AMOR

4. Somos como somos

A continuación vamos a examinar cómo somos las personas. Cada uno tenemos nuestras particularidades, pero coincidimos en aquellas cosas que hacen que seamos personas humanas. Es decir, tenemos en común muchas cosas. Cada uno somos una unidad sustancial de alma y cuerpo; pero además en nosotros hay más facetas que tenemos que tener en cuenta a la hora de analizar las cosas que nos suceden o que tienen que ver con el Amor.

Antes de pasar adelante, conviene dejar sentado un principio importante, que todos estos elementos -cuerpo, afectividad, tendencias, etc.- son siempre “humanos”, afectan o proceden de una persona que tiene una dignidad muy superior a la de los animales o a la de los seres materiales. Conviene tener esto en cuenta para no reducir al hombre a la categoría de animal un poco más perfecto que los demás animales, porque piensa y quiere. La persona humana, en realidad, no es un animal más evolucionado, sino que es otra cosa, otro tipo de ser –un espíritu encarnado-, con una dignidad tal que todo lo que hace o le sucede es “humano”.

Si esto no se aprecia, se podría imaginar que todo lo que le sucede a nivel corporal, afectivo o sexual, debería regirse por las normas de los animales, o se podría considerar sin más a una persona como un número más de un género o de una estadística.

5. ¿Mi cuerpo es mío?

Hablemos en primer lugar del cuerpo. En realidad nosotros no tenemos cuerpo, en el sentido de que nosotros seamos espíritu, y que el cuerpo sea algo que ajeno a nosotros. Nosotros no tenemos cuerpo, somos alma y cuerpo humanos. Como el cuerpo no es algo dissociado de nosotros mismos, y no somos dueños absolutos de nuestro ser, sino que debemos seguir unas normas morales, no debemos hacer con el cuerpo lo que nos venga en gana: no debemos vendernos como esclavos ni autolesionarnos. Tampoco el cuerpo debe de ser un juguete para divertirse, pues es algo de nosotros mismos, y nosotros tenemos un fin.

Utilizar el cuerpo para el placer inmoral, por ejemplo, es utilizarse a sí mismo, rebajarse; emplearse a sí mismo para lo que no debe hacerse.

6. La afectividad

Por afectividad entendemos la capacidad de respuesta a estímulos sensibles. En el hombre las sensaciones repercuten en el cuerpo y en el espíritu. Decimos “me ha afectado mucho” el ver un documental sobre el tercer mundo, o un accidente de tráfico, o una persona agradable. Los dinamismos afectivos humanos pertenecen al orden sensible, y por eso son inferiores en rango a los espirituales, y por eso el hombre no debería dejarse llevar por ellos, sino principalmente por la inteligencia y la voluntad, actuando libremente aunque sin excluir la afectividad de sus actos libres.

A veces se oye decir que los animales también tienen sentimientos, pero es una manera de hablar. Los animales propiamente poseen también afectividad, pero sólo por analogía con el

hombre decimos que están contentos, tristes o que se airan. En el hombre, la afectividad es plenamente "personal", puesto que radica en el principio de todas sus acciones: el alma espiritual. En un animal cabe el temor al golpe; pero no cabe el temor a contristar a otro. Los afectos, también denominados pasiones porque se padecen, son la tristeza, el odio, el temor, el deseo, el agrado..., y también el atractivo o resonancia que surge en nosotros ante cualquier bien conocido. Cuando alguien dice "me gusta tal persona" está hablando de esto.

7. La sensualidad

Cada sentido externo -vista, tacto, gusto, oído y olfato- puede gozar al tener presente su objeto propio. La sensualidad, en general, es el placer del cuerpo. En cierto sentido se emplea la palabra sensualidad para designar la desorientación en el placer, incluso restringiendo su sentido al placer sexual, como la búsqueda y el goce del placer por el placer sin su debida orientación.

En este aspecto, la sensualidad es un mal pues supone una acentuación de la inclinación hacia lo agradable. La inclinación en su punto es buena y resulta de la información que proporcionan los sentidos. Pero provocar reiteradamente esa inclinación para recibir los estímulos del placer sensible es un desorden en el que reside la maldad de la sensualidad.

Por ejemplo, los romanos provocaban el vómito para poder reiterar el placer de saborear nuevos alimentos, cuando ya estaban saciados. Les interesaba el deleite y no el agrado conveniente para alimentarse sin caer en la inapetencia. Sería un error creer que el hombre, si se deja llevar por lo que le apetece, siempre actúa bien. Antes del pecado original las apetencias estaban ordenadas rectamente e inclinaban con la debida medida al bien. Después del pecado original esa cualidad -llamada integridad-- regalada por Dios, se perdió. Luchar para controlar las apetencias, es luchar para volver a poner orden; recuperar la integridad perdida, para no "desintegrarse".

8. La sexualidad

La persona humana es sexuada, es decir, es hombre o es mujer. Esto comporta una diferenciación a muchos niveles: corporal, afectivo, psicológico y espiritual. Por ejemplo, en el modo de conocer, la mujer es más intuitiva, capta de un golpe de vista muchos detalles y se hace una idea acabada; el hombre, en cambio, se va formando una idea completa con el paso del tiempo. También en cuanto al modo de amar -en cuanto a los matices, se entiende- el hombre y la mujer, en general, no aman de la misma manera. (Sí aman igual, en cuanto personas, mediante la entrega de sí, que es lo más esencial del amor).

Importa distinguir bien la sexualidad -que abarca a toda la persona- de la tendencia sexual, de la que hablaremos enseguida, pues hay quiénes los confunden, reduciendo, por ejemplo, la "educación sexual" al aspecto procreativo. Si el pleno desarrollo de la persona humana es fruto de la educación, la "educación sexual" es fundamental para que los chicos aprendan a vivir como tales y las chicas como mujeres, sobre todo en el campo de la afectividad.

9. La tendencia sexual

La tendencia sexual es la inclinación natural hacia las personas de otro sexo orientada hacia la procreación y el mutuo complemento. Es una reacción de la persona ante la presencia de los valores sexuales contrarios al considerar, aunque sea inconscientemente, el otro cuerpo como posible objeto de placer y complemento.

Ya decíamos que con el pecado original la sensualidad se desorientó; lógicamente la tendencia sexual puede desorientarse. De una manera clara y sencilla para que lo puedan entender todos, la Biblia explica en los primeros capítulos cómo después del pecado original,

Adán y Eva sintieron que estaban desnudos y sintieron la necesidad de cubrir su cuerpo ¿para qué? Para que el otro no le mirara al cuerpo sino que le siguiera mirando a la cara, le siguiera mirando como a una persona. Por eso el cubrir el cuerpo, guardar el pudor, es algo "humano", natural a la nuestra condición actual, para no provocar en nosotros o en los demás la tendencia sexual fuera de su orden.

Los animales no necesitan vestirse. Las reacciones sexuales de los animales están guiadas infaliblemente por el instinto para lograr el fin previsto en la naturaleza, que es la procreación. Pero en el hombre no: puede surgir involuntariamente la inclinación o puede motivarse voluntariamente, ordenándola dentro del matrimonio a un acto capaz de originar la vida, o cerrando el paso a la vida; o buscando un complemento -simple acuerdo de placer entre dos- ilícito dentro o fuera del matrimonio. Por eso, el hombre precisa del control de la razón para poner esta tendencia en su orden.

10. La castidad: algo apropiado a la persona

Todas las capacidades que la persona tiene en el orden corporal, afectivo y psicológico son limitadas. Solamente su inteligencia y su voluntad están abiertas a lo infinito, aunque sin alcanzarlo plenamente por su propia limitación. Por lo que se puede decir que las actividades propiamente humanas son conocer la verdad y amar el bien.

Consiguientemente, todos los elementos humanos -cuerpo, afectividad, sexualidad,...- han de estar subordinados a la razón -a la verdad del hombre- y al imperio de la voluntad; y la importancia que merecen es relativa, relativa a lo que el hombre es: un ser corpóreo y espiritual a la vez, dotado de facultades superiores e inferiores. El orden pide que las facultades superiores gobiernen a las inferiores.

Por eso, una persona que se dejara dominar por la afectividad o la tendencia sexual habría que considerarla algo así como un jinete que es dominado por el caballo que monta. "La castidad significa la integración lograda de la sexualidad en la persona, y por ello en la unidad interior del hombre en su ser corporal y espiritual. La sexualidad, en la que se expresa la pertenencia del hombre al mundo corporal y biológico, se hace personal y verdaderamente humana cuando está integrada en la relación de persona a persona, en el don mutuo total y temporalmente ilimitado del hombre y la mujer. La virtud de la castidad, por tanto, entraña la integridad de la persona y la integridad del don". (K. Wojtyła, *Amor y responsabilidad*).

III. AMOR Y ENAMORAMIENTO

11. ¿Qué es el Amor?

La amistad humana es la unión de voluntades bien ordenada, que lleva a querer y a procurar el verdadero bien de los demás. La amistad es el vínculo en el que debe fundarse la sociedad, pues es el mejor modo de relacionarse las personas. Un modo concreto de la amistad es el Amor humano, que implica la entrega plena, recíproca y exclusiva entre un hombre y una mujer para siempre.

Ya hemos dicho antes que el Amor con mayúscula habría que referirlo al Amor de Dios, que es realmente aquel que colma todas las aspiraciones del hombre. Pero aquí queremos

referirnos al buen-amor humano para distinguirlo de otras cosas que se le parecen y no son ni siquiera verdadera amistad, pues no se busca el bien del otro.

¿Qué supone, por tanto, el Amor? Supone una decisión libre, responsable, definitiva, de toda la persona -alma y cuerpo- para la otra persona, que a su vez se entrega totalmente, y de la que surge un “nosotros” enriquecedor.

Sólo puede hablarse de Amor cuando ambas personas han dado un "Sí" completo y definitivo, y la pareja enamorada se encuentra convertida así en una "alianza".

Los animales también tienen sexo y pueden formar parejas más o menos estables, pero entre ellos no hay amistad ni puede existir el Amor, porque no se “comprometen”, no forman una alianza. En el Amor humano, por el contrario, cada uno compromete todo lo suyo: ya no se pertenece. Hay que advertir de paso que esta es la única manera -entregarse- de dar pleno juego a la libertad. Si no se usa, la libertad no sirve para nada. Sería la libertad de quien, por no comprometerse, se quedara con su libertad para “vestir santos”.

12. Estar enamorado no es el Amor

Estar enamorado es un sentimiento, algo que más bien se padece, afectivo. Supone una profunda simpatía y atracción mutua. Es como el camino hacia el Amor, y en realidad nadie amará a alguien que, así de entrada, no "le guste".

Pero el Amor, por el contrario, es algo activo, algo de la voluntad, no del sentimiento. Se ama al otro por ser quien es, porque se le quiere, aunque el sentimiento de agrado pueda pasar en un momento dado. Aunque lo normal es que el Amor bien llevado suponga un enamoramiento siempre nuevo.

13. Lo subjetivo y lo real

No se debe confundir el Amor con el deseo -tal vez muy fuerte y sincero- de llegar un día al Amor definitivo. Junto al sentimiento y la visión subjetiva de la relación, es preciso que la cabeza dirija las acciones: importa mucho ser sinceros, estar en la verdad; ser capaces de admitir que actualmente falta todavía la madurez y responsabilidad para esta decisión, la más importante y definitiva de la vida.

Esto conviene tenerlo muy en cuenta a la hora de las manifestaciones de cariño, pues es distinto ser amigos, o ser novios formales, o estar casados. Son tipos de relaciones distintas, y, por tanto, las reglas de juego son también distintas.

Las reglas de comportamiento entre novios formales no son otras que las de la amistad y la cortesía, aunque quepan algunas manifestaciones particulares de cariño hacia la otra persona.

Pero el respeto y el cariño llevará a no tratarse nunca como si estuvieran casados (y nunca, claro está, actuando por el propio interés), aunque uno - o los dos- subjetivamente esté muy enamorado.

14. Para “entregarse”, antes hay que “poseerse”.

No se puede hablar con sinceridad y con propiedad de “entrega del yo”, y por tanto de Amor, cuando no se ha llegado todavía a poseer la propia personalidad. Hasta entonces no se es capaz, ni con la mejor voluntad, de dar más que algo, una parte, cosas, pero no a uno mismo.

Es muy difícil determinar abstractamente cuándo una persona tiene la madurez necesaria, cuándo es suficientemente "dueño de sí mismo" para comprometerse definitivamente. Pero es muy poco probable que sea antes de que el típico tiempo de maduración con sus específicos altibajos emocionales y de carácter haya tocado a su fin.

Podríamos señalar algunas señales que evidencian falta de madurez para tomar esa decisión para toda la vida:

- Quien no domina sus impulsos afectivos (hoy me gusta N, mañana X).
- Quien no domina su sensualidad, especialmente en el campo de la sexualidad, pues denota que es caprichoso y egoísta.
- Quien no puede dar estabilidad a su Amor porque no posee una orientación firme de su futuro (si depende de los padres para vivir).

Tomar una decisión para toda la vida en esas circunstancias hará que difícilmente el Amor perdure.

IV. EL TIEMPO DEL NOVIAZGO

15. El noviazgo

Es ese tiempo necesario, ni demasiado largo ni demasiado corto, para conocer a la otra persona, conocerse a sí mismo y conocer lo que es el Amor y lo que éste comporta.

Es un tiempo en el que las dos personas pueden ayudarse mucho, corrigiendo defectos y mejorando virtudes. La verdadera amistad tiene eso, supone un enriquecimiento. Si no enriquece, sino que empobrece -por la pérdida de virtudes, por ejemplo-, es señal de que no es amistad verdadera.

Durante el noviazgo se conoce la psicología diferente del otro sexo y las particularidades concretas de la otra persona: su familia, sus gustos, sus aficiones, su carácter, etc., y se observa si podrá existir una armonía con ella para establecer un compromiso para toda la vida.

16. Con el Amor no se juega

Una cosa es el noviazgo, otra cosa es el Amor estable para siempre, y otra cosa es jugar con las personas "jugando al amor". No se debe, pero de hecho se puede hacer, jugar con los sentimientos y el cuerpo ajeno, haciendo creer que se ama. Esto deja heridas y rencores que pueden afectar a lo más profundo de la persona.

Se puede jugar con las personas, pero nunca se juega con el Amor. Porque el Amor es o no es, es entrega mutua o no es Amor.

Antes de establecer el compromiso definitivo del Amor cabe abandonar el proyecto, pero una vez que se ha establecido la alianza no cabe marcha atrás. Es decir, no hay matrimonio a prueba, como tampoco hay paternidad o filiación a prueba: se es esposo o esposa realmente hasta que la muerte les separe.

17. Sinceridad

Una virtud que ha de estar presente siempre en la relación del noviazgo es la sinceridad: conocerse bien a sí mismo y conocer bien cómo es y cómo piensa el otro. La entrega total de uno mismo es una decisión que compromete la vida entera. En muchos casos es una decisión

que abarca todo lo que dura la propia vida. Por eso, antes de tomar esa decisión hay que tener en cuenta diversos factores y se precisa sinceridad, objetividad para valorarlos en su realidad.

Esto ha de llevar, incluso, a ser capaces de abandonar el proyecto si se advierte que esa relación no lleva al Amor definitivo. Si la otra persona no me conviene o no le convengo yo a ella, bueno será dejarlo para no perder el tiempo y quizá otras cosas.

18. Libertad total

El compromiso de Amor necesita esencialmente una decisión libre lo más completa posible. Esta libertad indispensable sufre una restricción importante cuando, con anterioridad a la decisión definitiva, se haya llegado ya a una vinculación y dependencia -por ejemplo, en el campo sexual- que en cierta manera sea irrevocable.

No obstante, las personas pueden rectificar, abandonando esa relación degradante y evitando el trato mutuo. O bien recuperando el respeto recíproco que les haga llegar finalmente a la "alianza" no forzada por los errores cometidos, sino con convicción seria de la voluntariedad y de la firmeza del compromiso que establecen al casarse.

V. AMOR Y SEXUALIDAD

19. Manifestaciones de cariño

Los que se aman sienten la necesidad de manifestar externamente su amor. Y buscan manifestarlo de mil formas: con la mirada, con la sonrisa, con la palabra,... Las manifestaciones de cariño dependen del tipo de relación que exista entre esas personas. Son diferentes las manifestaciones de cariño entre padres e hijos, entre los esposos, entre amigos, entre amigas, entre amigo y amiga.

Una de las manifestaciones del amor es el contacto físico: darse la mano o un beso. Dentro del matrimonio, una manifestación adecuada e importante es la unión sexual. Pero es eso: una manifestación del amor total. Si no existiese el Amor previo estable, que ha unido los espíritus totalmente y para siempre, la unión sexual carecería de todo significado espiritual. Se quedaría en algo puramente placentero, corporal, aunque conllevara aspectos externos o subjetivos del Amor.

Saber amar exige emplear alma y cuerpo. Y saber amar también con el cuerpo no es simplemente dejarse llevar por el primer impulso corporal. De lo que se trata es de dar al otro dándose, es decir buscando el bien del otro.

Y puede suceder que lo que guste a uno -o a los dos- no sea sino expresión de egoísmo que lleva a no buscar la recíproca donación, sino a tomar "una parte", "una cosa" de la otra persona. La persona se esfuma ante "la cosa" que se busca en ella (la mujer-objeto o el hombre-objeto que sólo se buscan para mirarlos o tocarlos o lucirlos, para "gozarlos" sensiblemente).

Por eso, sería un modo inadecuado de tratar un chico a una chica -o a la inversa- dándole palmadas en la espalda o alborotándole el pelo. Eso siempre va más allá de la simple camaradería y familiaridad entre personas del mismo sexo que, por lo demás, tampoco reporta ninguna ventaja.

20. El sexo no se identifica con el amor

Buscar en otra persona sólo su aspecto sexual no es amor. No es querer a la persona con todo lo que lleva dentro -su personalidad-, sino fijarse sólo en un aspecto por la satisfacción sensual que puede proporcionar.

Ya se ve que el uso del sexo -fuente de placer corporal y afectivo- no es amor, puesto que éste es de suyo principalmente espiritual (y en la "alianza" matrimonial también corporal y afectivo). Tampoco el uso del sexo por sí mismo crea el amor -donación- entre las personas. Es más, tiende a todo lo contrario: al egoísmo, a centrarse en uno mismo, y, por consiguiente, a desunir.

Un peligro real en la relación amorosa es intentar aprovechar la relación para desatar la propia sensualidad en provecho propio. Cualquier persona se da cuenta de que una frase que "sugiere" encierra otra cosa que la relación de amistad, o que una caricia deja de saber a cariño y "sabe" a otra cosa.

El sexo buscado por sí mismo siempre defrauda, no satisface a nadie, deja un poso de descontento.

21. El Amor no se "hace"

En las últimas décadas, a base de procurar torcer el significado de los conceptos, se ha ido infiltrando la idea de que "hacer el amor" es amor. Incluso más, que para demostrarlo a otra persona a quien se dice que se quiere, lo lógico será demostrarlo de esa manera.

No basta ser muy lince para darse cuenta del engaño, pues el Amor no "se hace", "se da". Es algo del espíritu, es una entrega mutua donde no va a recibirse. "Se hacen" objetos, cosas. "Hacer amor" es tratar a la otra persona y a uno mismo como un objeto de placer, lo cual nada tiene que ver con el Amor.

22. Hasta dónde se puede llegar

Fuera del matrimonio, iniciar voluntariamente la sensualidad en su aspecto sexual es un desorden, pues de suyo ese movimiento lleva una dirección con un fin, y si fuera del matrimonio el final es moralmente malo, su inicio también lo es.

No se debe caer en el engaño de que "nosotros no vamos a llegar hasta el final", porque, de un lado es una ingenuidad, y de otro, eso ya es algo malo de suyo, de igual modo que airarse un poco ya está mal, aunque uno se controle para no acabar haciendo una locura.

Ciertas manifestaciones de familiaridad (determinados besos, caricias, modos de bailar, modos de acompañarse, etc.) excitan la sensualidad, deliberada o involuntariamente. Suele suceder que esas expresiones que dan paso fácil a la intimidad tienen distinto significado para un chico que para una chica.

Para la chica pueden aparecer como una muestra de cariño o como un éxito propio por haber conseguido gustar o llamar la atención. Para el chico, en cambio, pueden significar la señal de "vía libre" hacia la intimidad que puede suponer un recorrido sin retorno. Por eso las chicas han de recordar que son ellas las que ponen el límite. Siempre que hay un desorden en la sensualidad la culpa es de los dos; pero siempre depende de la chica que el chispazo llegue a prender.

23. ¿Qué es lo normal?

Lo normal o lo natural no es así porque lo hagan muchos. Si muchos, o la mayoría, caminaran sobre las manos seguiría siendo lo normal o lo natural caminar sobre los pies. Lo normal, lo natural es lo que conviene al propio modo de ser. Y eso es lo moralmente bueno en las personas.

Por eso, si hay mucha gente que mantiene actitudes que llevan a desencadenar la sensualidad, eso no ha de proclamarse como la norma de actuación de una persona. Más bien es una actitud despersonalizante. Entrar en la lógica de comportarse según se ve que hacen los demás manifiesta poca capacidad de crítica, poco criterio. En definitiva, copiar lo que no conviene a una persona supondría dar muestras de escasa personalidad y de dificultad para llegar a adquirirla.

Quienes "hacen el amor" (practican el desamor) generalmente no llegan a casarse. El verdadero Amor es perdurable y quienes lo buscan no harían bien en tomar esas conductas como modelo.

VI. MASCULINIDAD Y FEMINIDAD

24. Un error común

Una equivocación entre las chicas es creer que los chicos son como ellas. De igual modo que muchos chicos tratan a las chicas como si fueran chicos. Las chicas son más afectivas, su cariño es más ideal y delicado. En los chicos el impulso sexual es mucho más fuerte, más corporal.

Una chica tendría que saber qué cosas afectan a los chicos, y si les afectan mucho y en qué sentido. Por ejemplo, una chica puede creer que va vestida a la moda y que llama la atención, pero no darse cuenta que viste provocativamente.

25. ¿Qué espera encontrar en un chico?

¿Qué espera encontrar una chica en un chico? Lógicamente las características propias de los hombres: autoridad, seguridad, confianza, cariño, sinceridad. Que sea bueno, que la quiera. Y siempre: que no le defraude.

Que la quiera a ella por ser quien es, no sólo por su aspecto externo (aunque es bueno que lo cuiden) o por las ocasiones de placer que puedan proporcionarle a ese chico sus cualidades físicas femeninas externas.

Muchas veces, sobre todo en la adolescencia, quedan decepcionadas porque los chicos no se las toman en serio, las toman como un juguete. Es lógico porque, salvo en el "primer amor" (en el cual el chico queda deslumbrado afectivamente), el chico sabe que le quedan muchos años por delante para casarse.

26. ¿Qué espera encontrar en una chica?

Suponiendo que es un chico que quiere verdaderamente a una chica (no nos referimos a otras actitudes que ya nacen desprovistas de rectitud), espera encontrar en la chica los rasgos femeninos: no alguien que se le imponga, que le persiga; espera cariño, afectividad, comprensión, fidelidad. Y que de alguna manera sea un misterio, alguien que descubrir y conquistar con los años, en el matrimonio y que no entregue su intimidad frívolamente.

Siempre, aunque sea inconscientemente, se da cuenta que la chica tiene cuerpo de mujer, y espera que le ayude a ser bueno. El chico siente en sí mismo el tirón de la sensualidad y espera que ella le ayude a que su amor tire hacia arriba, a que sea espiritual, no corporal, aunque en un momento dado la sensualidad pida satisfacerse en el momento. La chica que no le ayuda en este sentido, de alguna manera le defrauda: un chico que vale la pena siempre valora la pureza propia y la de su novia, y espera que -si tiene un momento de debilidad- ella le "pare los pies". Por eso es tan importante para las chicas no perder la feminidad: el cariño, la ternura, el saber llevar a quien ama hacia el futuro, hacia el Amor espiritual y permanente.

Dan pena las chicas que provocan u originan el desamor, tendiendo a satisfacer sus pasiones aquí y ahora. No son miradas ni tratadas como mujeres porque han perdido lo más propio de su dignidad personal: la feminidad, lo que resguarda lo mejor de su condición femenina.

27. ¿Qué piensa el otro?

Una chica (o un chico, porque hoy también muchas chicas se muestran agresivas) que no entra en el juego del desamor puede aparecer tonta, estrecha, o lo que se quiera. Pero es digna de respeto. Cualquier chico sabe que posee un valor, un gran valor que se desearía compartir con ella el día de mañana, cuando acaben estos tanteos, titubeos iniciales limpiamente superados.

VII. EXIGENCIAS DEL AMOR

28. La castidad, señal de verdadero amor

La virtud de la templanza es aquella disposición de la voluntad que inclina a usar ordenadamente el bien deleitable, el placer sensible. La virtud de la castidad es una parte de la templanza, e inclina a usar ordenadamente el placer sexual. La castidad, la pureza, reside en el fondo del alma y permite mirar las cosas y las personas limpiamente. Por el contrario, cuando no se vive, los ojos del alma están como manchados, y se ven maliciosamente las cosas y las personas.

Como el Amor supone querer el bien del otro, ya se ve que la pureza es una condición imprescindible para el amor, para ver en el otro una persona, para mirarle a los ojos y no al cuerpo, como posible objeto de placer. En la relación amorosa esta es una exigencia, y a la vez es una manifestación del amor. En la medida en que alguien no vive esta virtud es señal de que se ama a sí mismo.

“Los novios -señala el Catecismo- están llamados a vivir la castidad en la continencia. En esta prueba han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno y el otro de Dios. Reservarán para el tiempo del matrimonio las manifestaciones de ternura específicas del amor conyugal. Deben ayudarse mutuamente a crecer en la castidad”. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n.2350).

29. El Amor no admite “ser probado”

Frases del tipo: “Tengo que probar tu amor; si me amas no tienes más remedio que hacer algo que te perjudica; te demuestro mi amor saltándome las reglas del respeto” son la prueba clara de que ahí no hay Amor auténtico ni se está enamorado. Porque el Amor tiende a dar, no a recibir; tiende a enriquecer al otro, no a sacar partido de él. Poner condiciones en este

sentido, pedir “prestaciones” de utilidad-placer, es no tener en cuenta que el otro es persona, y se le trata como una cosa. Se prueban las motos, los bolígrafos..., pero a las personas no se las prueba.

Siempre que se solicita del otro entrar en la impureza, uno se pregunta: ¿Por qué me lo pide? ¿Por ser yo quien soy o por lo que le doy? Al no dar al otro lo que causa un mal propio y ajeno -perder la pureza es un mal para ambos- se aclara la duda: si el otro rectifica, quizá haya sido un error del que se arrepienta; si no, es que sólo busca eso. La negativa al mal deseo hace comprobar si hay amor a la persona, junto con un momento de debilidad. Si es así, surgirá la petición de perdón y la rectificación. Si sólo se busca el placer, vendrá la insistencia reiterada o el abandono para buscar el placer en otra fuente. En todo caso se despeja la duda sobre las intenciones de quien hizo la mala propuesta. La garantía del buen-amor es la presencia constante del respeto mutuo. Si se pierde el respeto ya se ha perdido el amor.

30. El "cortocircuito" del enamoramiento

Cuanto más temprano y más intensamente gana importancia y predominio el aspecto sexual en el proceso de conocerse y enamorarse, tanto más difícil es que esa relación llegue a ser un auténtico Amor que abarque verdaderamente la personalidad entera del otro con todas sus facetas espirituales y caracteriológicas. Pues una relación sexual fácilmente actúa como cortocircuito que impide la maduración personal y del Amor. El enamoramiento, en el que predomina el atractivo y la afectividad sobre el aprecio de los valores más profundos de la persona, unido a la dependencia que crea el placer sexual, puede ser declarado como Amor, pero no lo es.

Imaginemos una melodía interpretada por toda una orquesta. Cada instrumento suena en su momento, y algunos apenas se notan. Si se aísla un instrumento y se pone a todo volumen, lo que hará es distorsionar la maravilla de la melodía. Ya no es lo que se trataba de escuchar. Es más, ese cortocircuito puede ser algo así como un chillido que hace inaudible la música.

No olvidemos que el aspecto sexual -sobre todo si se reduce a aspectos principal o exclusivamente genitales desvinculados de la paternidad- puede desenfocar totalmente a la persona (puede constituir una obsesión o un vicio), y desenfocar la relación amorosa, convirtiéndose en el elemento aislado que polarice toda la relación en torno a un solo valor (el sexual-genital) no integrado en el conjunto de valores (físicos, afectivos, espirituales, generativos, etc.) que, integrados armónicamente, dan unidad a la persona. Ese valor “desintegrado” la desune, la rompe.

La tendencia sexual es un valor positivo y muy delicado que debe permanecer latente antes del matrimonio. No en vano las fuentes de la vida son, en cierto modo, algo sagrado. La intimidad del otro debe de ser como un misterio que se desvele en el matrimonio. Si se desvela antes, el enamoramiento pierde su encanto, los novios se miran de otra manera; los enamorados han sufrido una negativa transformación personal en su camino hacia el matrimonio. Y con mayor razón quedarán negativamente afectados si no llegan nunca a contraer matrimonio.

31. El “riesgo” prolongado

Hay un problema cuando un chico y una chica se relacionan de modo estable desde los diecisiete años o antes, y es que, o tienen las ideas muy claras, una voluntad fuerte para guardar las distancias y no se ponen en situación de “riesgo”, o tendrán muchas ocasiones

para poder actuar mal. Y puede que lleguen a justificarse engañosamente considerando esa mala conducta como una muestra de amor y confianza, como un “anticipo”.

Es una de las dificultades de los noviazgos precoces, incluso planteados con la idea de casarse... dentro de diez años. La frecuente relación puede llegar a hacer que se trivialicen aspectos íntimos, originándose una escalada en la demanda afectivo-sexual. Transcurrido un tiempo prudencial para conocer las mutuas cualidades -fin fundamental del noviazgo- puede establecerse entre los novios una relación rutinaria en la que se presentan momentos de pasión, malos ejemplos, debilidad o familiaridad creciente que puede concluir insensiblemente en una relación inicialmente no prevista ni deseada. Cuanto más se prolonga el riesgo más probable se hace el peligro de “accidente”.

¿Después? Quizá el chico no vuelva a aparecer. Quizá a ella le parezca mal y vengan las lágrimas. Quizá a ella no le parezca mal, y caigan en el vicio.

32. Saber decir No al capricho para decir Sí al Amor.

Como en el noviazgo no faltarán ocasiones de saltarse las normas morales y de faltar al respeto a la otra persona, es preciso evitar aquellas ocasiones o lugares en los que se puede desorientar la sensualidad. Saber decir que NO cuando la otra persona o el ambiente lleve a hacer algo de lo que uno se puede arrepentir más tarde.

Esto puede ayudar a corregir defectos en la otra persona. Una buena chica puede hacer mucho bien a un chico, y al revés. Con esto, aunque cueste en un momento determinado decir que No, se está diciendo que Sí al verdadero Amor, ya se case en el futuro con esa persona, ya sea con otra.

El sacrificio es como un fuego purificador que pone al descubierto el verdadero amor. Respetar el tipo de relación y respetar a la otra persona, teniendo que moderarse, renunciando muchas veces al propio capricho, es una exigencia del amor. Quien no se sabe sacrificar por la otra persona, ni entiende de cariño, ni -si se casa- podrá ser feliz en el matrimonio.

33. Como si estuviéramos casados

Hay una diferencia esencial entre “estar prácticamente casados” y el Sí vinculante y definitivo, dicho en conciencia ante Dios y ante todo el mundo. Todo lo que se haga antes del matrimonio no compromete definitivamente, y uno puede abandonar. La boda, en cambio, conlleva una decisión que compromete del todo si se entiende bien.

En el matrimonio ya no son dos, sino una vida en dos personas, un “nosotros”. Algo que Dios ha unido y que nadie puede romper, como la paternidad y la filiación. Es verdad que después de la boda se puede vivir como no estando casado, pero en realidad se sigue atado hasta que la muerte les separe. Esto es algo que se sabe perfectamente y no se puede borrar de la conciencia.

Por eso el lugar propio de la unión sexual entre las personas es el matrimonio, después de la alianza por la que se entrega el espíritu y el cuerpo: todo. Por eso ahí puede ser una manifestación de Amor (que es corpórea y también de orden espiritual, y que expresa la donación incondicionada -y sin retorno- de la propia persona), y fuera de él nunca es una manifestación adecuada de entrega.

No cabe decir que se está prácticamente casado, de igual modo que un opositor de judicaturas no puede juzgar y sentenciar, aunque al día siguiente sea Juez. La intención de ser

marido y mujer no basta para serlo. Conviene no engañar ni dejarse engañar en esto porque, repito, antes de la boda ese compromiso no es firme y puede quedarse en un buen deseo que podría retractarse. En cualquier otro asunto (económico, profesional, social, etc.) menos relevante que la propia suerte personal no se omiten esas garantías. Cuando no se hace así se contribuye al caos social y personal.

34. El premio del Amor

El Amor bien llevado, también con la carga de sacrificio que comporta para olvidarse de uno mismo, da como resultado la felicidad humana (aunque sea relativa). El Amor es algo permanente, que da seguridad de por vida porque se sabe confiado en el otro. Cuando ambas personas se entregan totalmente, el Amor satisface plenamente y es enriquecedor.

El desamor, en cambio, se demuestra siempre falso porque causa todo lo contrario: la insatisfacción. Y no digamos nada de la sensualidad: siempre decepciona, causa frustración.

Porque nosotros estamos hechos para algo permanente, no para algo transitorio y egoísta que se acaba prácticamente donde ha comenzado. El placer, el goce del cuerpo, nunca satisface; la alegría, por el contrario, que es el goce del alma, colma de felicidad. Porque la alegría es la consecuencia del amor. Todos tenemos en el fondo de nuestro ser una sed de permanencia, de algo espiritual. Y el

Amor de esposos es espiritual, también en sus expresiones corporales. Y permanece para siempre dejando, además, constancia, si es fecundo, con el premio del hijo deseado, que es la encarnación, prolongación del Amor de los esposos.

35. Saber esperar

La esperanza es la virtud propia de los labradores: esperan ver el fruto de sus sudores. Y también es la virtud propia de los enamorados, pues esperan ver realizados sus sueños: poseer el Amor en plenitud y con frutos que perpetúen su amor.

Pero, como el labriego, hay que saber esperar. Esto a veces cuesta. ¿Quién no ha sentido alguna vez la tentación de coger del árbol una fruta todavía verde? Si se recoge la fruta cuando aún no está madura, es muy probable que no llegue a madurar y se eche a perder. También puede suceder, es verdad, que se logre madurar, pero uno se tiene que pagar la impaciencia, pues la fruta sabe de otro modo recogida en su punto.

Durante la juventud se relacionan chicos y chicas que llegan a enamorarse con un enamoramiento fugaz que luego se acaba. ¡Cuántas personas viven la experiencia de un matrimonio estable y fecundo que dura muchos lustros... y sin embargo no se casaron con su primer amor, aquel de los dieciséis años! La vida es así. Importa en todo caso durante la juventud no hacer cosas de las cuales uno se arrepentirá después.

Vale la pena seguir las normas del buen-amor -(eso son las normas morales) y saber esperar a entregarse del todo en su momento, a la persona que puede hacernos muy felices.